

ESENCIA DE FATALIDAD

ESENCIA DE FATALIDAD

ANDRÉS MONTAGUT

Primera edición, 2016
© Andrés Montagut, 2016
© Triskel Ediciones, 2016

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

978-84-944712-9-2



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB
41009, Sevilla, España
triskelediciones@triskelediciones.es
www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA
PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

*La fatalidad posee cierta elasticidad que solemos llamar libertad
humana.*

Charles Baudelaire

Lo que más vale en el hombre es su capacidad de insatisfacción.

José Ortega y Gasset

Prólogo

Era quizá un 5 de septiembre. Aquella mañana me desperté con una migraña terrible. Un foco de dolor ubicado en algún punto entre el tímpano y el ojo, que se extendía por mi cabeza al ritmo constante de violentas pulsaciones sordas.

Recuerdo que salté de la cama con ímpetu, enloquecido por la sensación de que aquella cabeza mía fuera a reventar. Fui a la cocina e ingerí dos o tres comprimidos de analgésico. De golpe. Ataviado con una sábana, me acurruqué en el sofá a esperar que la química me abrazara con ternura.

Lo siguiente que recuerdo es que volví a despertar. Me alegró comprobar que la maldita jaqueca estaba casi extinguida, y decidí rematarla con una larga ducha. Mientras sentía el agua caer a chorros sobre mi cuerpo me atrapó una extraña sensación de clarividencia. De repente, todo estaba claro. Durante las últimas semanas había estado ahogándome en una espiral de pensamientos y decisiones que bien podrían cambiar mi vida. De hecho, ya estaba cambiando.

No sabía cómo había llegado a este punto, pero dicen que los cambios se van produciendo poco a poco en nuestra vida, sin que nos demos cuenta. Como la fábula de la rana que, encerrada en una olla cuya temperatura aumenta lentamente, no se da cuenta de que la están cocinando. Yo deseaba saltar antes de que fuera demasiado tarde, sin preocuparme en absoluto

dónde fuera a caer. Mi mediocre existencia, fruto de mi permanente insatisfacción y deseos encerrados bajo llave, me serviría de pretexto, y de impulso, para mis posteriores decisiones.

Decidí que aquella miserable migraña era el punto y final de un tortuoso proceso mental al que yo mismo me había sometido. Y ya había pasado. Podía sentir cómo se desprendían de mí todas esas ideas y sensaciones, junto a la abundante espuma de gel de baño, deslizándose por mi piel hasta abandonarme por completo.

Salí de la ducha y me tomé mi tiempo para afeitarme, saboreando ese pequeño ritual. Cuando hube acabado el rasurado facial, mantuve la mirada a mi propio reflejo en el espejo. Era una mirada de complicidad, pero sin crédito suficiente para emular a Robert de Niro en *Taxi driver*.

Caminaba por la calle con aire tranquilo, como aquel que sabe dónde le llevarán sus pasos. Aunque en realidad no lo tenía nada claro. Entré en la cafetería de siempre, en la que había desayunado durante los últimos cuatro años antes de entrar a trabajar. El camarero, un tipo grueso con aspecto de oso bonachón, me saludó y me indicó un lugar en la barra. Yo le hice saber que ese día me iba a sentar a tomar mi desayuno tranquilamente y que de media tostada nada; una entera. Mientras esperaba, leía un periódico deportivo sin demasiado interés. Pasaba la vista por los titulares cuando en realidad mi mente estaba ocupada tratando de poner en orden las palabras que me disponía a pronunciar minutos más tarde.

El oso bonachón me sirvió mi desayuno: tostada de jamón y tomate y una taza de Cola Cao —sí, soy de los que nunca lo dejaron—. Mientras masticaba el primer bocado, eché un vistazo a mi móvil. Le mandé un SMS a mi madre para comentarle que iría a su casa para almorzar —al decir *su* casa, no puedo evitar sentir cierta nostalgia. Se desconoce el momento exacto en el que la casa donde te criaste y viviste toda tu vida deja de ser *tu* casa para convertirse en la casa de *tus* padres. Ley de vida, supongo—. Me tomé mi tiempo para acabarme el desayuno, conocedor de que sería el último que probaría allí. Me acerqué a la barra, aboné mi consumición y salí de nuevo a la calle.

Pocos minutos después estaba cruzando el vestíbulo del edificio de oficinas. Aunque esa mañana mi intención no era la de trabajar.

En absoluto.

Uno

Mientras sorteaba las mesas y cubículos con la única intención de dirigirme a la puerta del final, noté que algunos compañeros me observaban. Quizá por haber llegado a la oficina con dos horas de retraso, quizá por no llevar la acreditación debidamente colgada al cuello —como dicta el riguroso reglamento corporativo—, o quizá por no dirigirme directo a mi sitio, encender mi monitor y comenzar a picar teclas que dieran como resultado cientos, miles de líneas de código. Aunque sería por todo aquello junto.

Por el camino saludé a Mike, un becario de origen escocés al que no parecía importarle que le explotasen sin remedio con tal de poder costearse su vida en una ciudad como Sevilla. Era un tipo espléndido, de esos que te alegras de ver en cualquier circunstancia, sobre todo si es un sábado por la noche. Cuando tenía la puerta a un palmo de mis narices, se abrió de repente y quedé expuesto ante Tomás Molina, nuestro querido jefe de proyecto. Por llamarlo de algún modo.

—Buenos días —dijo el bueno de Tomás.

Me fijé en que llevaba la camisa más arrugada de lo habitual y tenía sus ojos, diminutos y oscuros, clavados en mí. Siempre tuvo un semblante bastante siniestro. Me lo imaginaba en la intimidad de su hogar, masturbándose vigorosamente con una

manopla de esparto frente al espejo mientras se pellizcaba con saña desmedida los pezones con la otra mano.

Esa imagen siempre me asaltaba, a modo de *flash*, cada vez que lo tenía delante. Aquella mañana no fue una excepción.

—Hola, ¿tienes un minuto? —pregunté.

—Bueno, iba a por un café. Pero pasa, pasa.

Entré en aquel insulso espacio y ambos tomamos asiento. Debo reconocer que saboreé sobremanera aquellos últimos segundos de silencio.

—Dime, ¿traes justificante para el retraso de hoy, Pablo?

—Lo cierto es que no, Tomás. Pero lo que he venido a decirte es más importante que cualquier justificante —tomé una bocanada de aire antes de soltar el primer directo—. Me voy de aquí.

—¿Cómo? —dijo él, como si no entendiera a lo que me refería.

—He tomado la decisión, personal e irrevocable, de dejar mi posición en esta empresa —dije intentando ser lo más conciso posible. La expresión que se gestó en su rostro no tenía precio.

—¿Me estás diciendo que te vas?

—Eso es.

—¿Quieres dejar tu trabajo aquí? —preguntó de nuevo el bueno de Tomás, poco dado a la repetición de sentencias y conceptos. Esta vez había que repetírselo a él.

—Exacto, sí. Como te he dicho, se trata de una decisión personal que llevo meditando un tiempo...

—¿Puedo saber los motivos que te empujan a tomar esta decisión? —preguntó Tomás interrumpiendo mi explicación.

—Es una decisión personal y los motivos son personales —dije en tono seco y áspero.

Me alegraba de su interrupción anterior, la cual me había ofrecido la posibilidad de replantear mi discurso y no dar explicaciones.

—Es más, mi intención es la de acabar aquí y ahora. Conozco el procedimiento de avisar con dos semanas de antelación y lo que puede suponer no hacerlo. Pero es mi decisión —sentenció.

—No tiene sentido estar ni un día más si lo sientes así —dijo él en lo que interpreté como un mínimo arrebatado de empatía.

—He preparado una carta de dimisión, supongo que...

—No, no te preocupes. Lo comunicaré yo mismo al departamento de personal para que tramiten la baja hoy mismo. Ni que decir tiene que no te corresponde ninguna compensación al hacerlo de esta manera.

—Sí, lo sé. De todos modos no estoy interesado en pelearlo. No es mi objetivo.

—¿Puedo preguntarte quién te ha fichado?

—Claro. Me voy a trabajar de camarero a la Costa del Sol —dijo.

Su expresión vaciló entre la desaprobación y la sonrisa, para terminar definitivamente en lo primero.

—Ya veo —dijo él.

Debió de pensar que le estaba tomando el pelo. Se levantó de su silla, un gesto que recibí con ilusión, ya que significaba el final de nuestra cálida despedida.

—Hablaré con tus compañeros para comunicarles la noticia —continuó.

—Si no te importa, prefiero hacerlo personalmente. No me llevará más de un par de minutos.

—Como quieras.

Empezó a ordenar unas carpetas sobre su escritorio, lo que interpreté como una excusa para evitar mirarme a la cara y estrecharme la mano. Mejor, así evitaría tocar *esa* mano.

—Una última cosa, Pablo. No olvides entregar tu acreditación en recepción.

Poco después me encontraba de nuevo caminando por la calle. Sonreí al recordar las caras de algunos de mis ya excompañeros al recibir la noticia. Pobres ovejas pusilánimes, debían de pensar que me estaba haciendo el *harakiri*. Entré en el centro comercial de Nervión y distraje la mente visitando algunas tiendas, aunque con la clara intención de no adquirir nada.

Se acercaba la hora del almuerzo y tomé el metro, dirección a Los Remedios. Bajé en la estación de plaza de Cuba y caminé por la calle Betis, que a esa hora estaba bañada por el sol. Una terraza con vistas al puente de Triana en compañía de una suave temperatura era una tentación demasiado fuerte como para dejarla escapar, así que decidí parar y tomar una cerveza. Tenía que meditar qué le iba a contar a mi madre, cómo enfocar la conversación. Antes de que el mozo me sirviera la espumosa, ya me encontraba plenamente embarcado en una recapitulación de lo que habían sido aquellas últimas semanas.

Me faltaban pocos días para cumplir los treinta. Era una tarde a mediados de julio y al llegar al apartamento pude percibir que la escena estaba preparada. Vi a Sandra sentada en el sofá, acariciándose el pelo con una expresión severa dibujada en su rostro. Me preguntó sin demasiado interés por el trabajo y me

dijo que teníamos que hablar. Yo necesitaba una ducha como el respirar, así que ella me concedió esos pocos minutos de prórroga.

Sandra y yo llevábamos casi cinco años de relación, los dos últimos viviendo juntos. Nos conocimos de un modo tradicional y del mismo modo habíamos llevado nuestro amor. Al acabar sus estudios en Derecho, comenzó a trabajar en el estudio legal de su padre al tiempo que yo conseguía mi puesto de programador en una consultora tecnológica. Era lo que suele decirse una niña de bien y con ideas fijas. Cuando regresé al salón no encontré excusas para demorar más aquella conversación.

—Pablo, ¿tienes pensado pedirme que me case contigo algún día?

Juro que lo soltó así, sin más. Nunca habíamos hablado en serio sobre el asunto y desconozco qué conversaciones habría mantenido con sus amigas, pero especialmente con la pérdida de su madre, para encarar el tema con tanta urgencia.

—Lo digo más que nada por saber qué estoy haciendo, pero sobre todo para saber qué hacer a partir de ahora —añadió.

Mantenia la misma expresión severa conforme pronunciaba con rigor sus palabras. Aquello me sobrepasaba. Fue entonces cuando algo hizo clic en mi cabeza. La señal, el detonante final de lo que estaba por llegar. De hecho, había llegado.

Desconozco cuándo supe con seguridad que ya no la quería, pero hacía tiempo. Dicho esto, siempre he preferido evitar el enfrentamiento para asentarme en la comodidad. Pero algo estaba cambiando dentro de mí, y aquella calurosa tarde empecé a recorrer un camino incierto y sin billete de vuelta. Intenté que fuera rápido, limpio e indoloro, como la ejecución

perfecta. Pero pronto descubres que eso no existe y siempre te acabas manchando las manos. De un modo u otro.

Esa misma noche se marchó abatida, con lo imprescindible. Días después descubrí que había estado en el apartamento, aprovechando que yo estaba de viaje por trabajo, y había terminado de recoger sus pertenencias. Abrí los que habían sido sus cajones hasta ese momento, y presencié el vacío que había dejado. Me sentí aliviado, aunque al poco tiempo una fuerte sensación de incertidumbre empezó a invadirme. Pasaron las semanas y no soportaba seguir en aquel piso, ni mucho menos soportaba el trabajo. Bueno, en realidad lo del trabajo no era nuevo.

Una de esas noches etílicas en compañía de Mike y otros borregos de la consultora, me hallaba en un antro de la Alameda cuando me reencontré con Ernesto Blasco. Habíamos sido íntimos durante los años de instituto, pero hay contactos que se pierden con el devenir de la vida y todo lo que la rodea. Compartimos el resto de la noche y me contó que llevaba varios años trabajando en el negocio familiar: un restaurante italiano en Marbella. Al parecer, su padre se había asociado con un italiano y pusieron en marcha el *ristorante*. Por lo visto les iba bastante bien. Le comenté mi ruptura con Sandra, sin entrar en demasiados detalles, y poco después bromeábamos con la idea de irme a trabajar con ellos y de lo bien que podría sentarme un cambio de aires. En resumen, la típica parrafada de un borracho.

Semanas después lo llamé para tantear el terreno y saber cuán factible sería aquel supuesto establecido en pleno estado de

embriaguez. Me aseguró que no necesitaba más que avisarle con unos días de antelación y tendrían un puesto para mí. Me comentó que la mayoría de sus empleados se irían al acabar el verano y les vendría muy bien contar con gente de confianza —supongo que se refería a mí— para mantener el negocio abierto los meses siguientes. De modo que mi decisión ya estaba tomada. Sólo me faltaba saber cuándo ponerla en marcha.

Dos

El almuerzo con mi madre transcurrió con férrea naturalidad, salvo por un pequeño detalle: no le dije la verdad a la hora de comentar los cambios en lo que a mi panorama laboral se refiere. No mencioné mi encuentro con Ernesto ni mi tentativa de probar suerte en la hostelería para desintoxicarme de años de líneas de código. Lo que *pasaba* era que la empresa me reubicaba en Marbella para trabajar en la sede de un cliente por un tiempo indefinido. Ni que decir tiene que la noticia le alegró mucho. Me dijo que si me escogían a mí era por méritos propios, y que un cambio de aires me vendría muy bien tras mi reciente ruptura con Sandra.

Una vez más hacía alarde de mi pavor ante la idea de un enfrentamiento. No quiero ni imaginarme todo lo que me hubiera dicho mi madre si le llego a decir la verdad. Han sido pocas las veces que le había mentado y desde luego, cuando lo había hecho, me hacía sentir como un cretino. Pero aquella vez no noté nada especial.

La sobremesa fue aún más anodina. Mi madre me comentó que el fin de semana vendría a visitarnos mi hermano Fran. El primogénito y triunfador de la familia. Nuestra relación siempre había sido distante e impersonal. De hecho, ni siquiera recuerdo la última vez que hablamos por teléfono. Fran vivía en Madrid con su mujer, Esther; y el hijo de ambos, Jorge. El

dichoso crío, a punto de cumplir los tres añitos, era el paradigma de la hiperactividad. Sobre Esther no tengo mucho que decir, salvo que tiene un culo increíble y que nunca nos tuvimos demasiado aprecio.

Hubiera sido demasiado prematuro escaparme a Marbella justo antes de la visita, por lo que hice de tripas corazón y me quedé. Me tomé algunos días para organizar lo fundamental, como dejar el apartamento.

Dediqué aquella misma tarde a empaquetar libros y ropa principalmente. Labor tediosa que me llevó hasta bien entrada la noche. Preparé algo rápido para cenar y cuando hube acabado decidí salir a dar una vuelta. No soportaba estar más tiempo en aquel apartamento. Demasiados recuerdos. Una larga caminata ayuda a apaciguar los pensamientos adversos. Siempre he sido un caminante insaciable, concentrado en la cadencia y energía de mis pasos. Podría decirse que mi forma de andar resume con bastante acierto lo que ha sido mi vida hasta ahora: caminar con prisas sin saber adónde.

Antes de que me diera cuenta, ya me encontraba recorriendo los jardines de Murillo. La temperatura era suave, acompañada de una brisa que incitaba a seguir colocando un pie delante del otro. Mis pasos me llevaron hasta el barrio Santa Cruz, y sorteando sus angostas calles y esquivando a los últimos turistas rezagados del día, dejé atrás la judería siguiendo el callejón que conduce directamente al Patio de Banderas. Permanecí inmóvil unos instantes, bajo el arco de aquel pasadizo, contemplando la que bien podría ser una de las instantáneas más bellas de la

ciudad: la Giralda iluminada elevándose sobre los muros y naranjos de la plaza.

Es curioso cómo empezamos a apreciar los pequeños detalles conforme se acerca el momento de dejarlos atrás. Reflexiones melancólicas aparte, seguí caminando hasta los bares de la Alfalfa. La zona estaba animada, sobre todo por jóvenes foráneos. Tenía la boca seca, así que entré en el *Bremen* para repostar. El ambiente era ameno y tras la barra estaba Fito, camarero al que conocía superficialmente tras no pocas visitas. Comentamos algunos pormenores mientras calmaba mi sed con un par de cervezas.

Entablé conversación con un señor de mediana edad, que al igual que yo, estaba solo en la barra. Iba bien vestido y tenía un acusado acento catalán. Nos presentamos y pedimos otra ronda. Era médico y había formado parte de una conferencia en la Facultad de Medicina aquella misma mañana. También me dijo que prefería salir a cenar solo que acompañado de sus colegas de profesión, pues eran incapaces de hablar de otro asunto que no fuese trabajo. Empezamos a tratar un tema de conversación tras otro, a grandes rasgos, antes de pedir la última ronda y cambiar de local.

Política y fútbol fueron los temas que acapararon nuestras palabras mientras caminábamos buscando la próxima parada. Encontramos refugio en un bar, en los aledaños del Arenal. Yo bebía *gin-tonic*, el doctor, ron. Profundizamos más en nuestras opiniones, acompañando con verbo nuestros sorbos. Después de algunas rondas más llegó la hora de partir. Pedimos la cuenta y no me permitió pagar. No recuerdo ninguna frase u opinión relevante por su parte, aunque tampoco hacía falta. Fue una velada agradable, justo lo que necesitaba. Complicidad

de usar y tirar. Le acompañé hasta la entrada de su hotel, a pocos minutos caminando. Nos despedimos sin demasiada pomposidad, como dos amigos que volverán a verse al día siguiente. Después de aquello emprendí el camino de retorno al apartamento. Notaba los estragos de la priva y el cansancio, principalmente en las piernas, así que tomé un taxi para regresar.

Pasaron algunos días, carentes de toda actividad. El tiempo parecía haberse detenido, sensación que bien podría entenderse como prefacio de todo lo que me aguardaba en mi nuevo rumbo. Como esos segundos de silencio inquietante que separan el rayo del trueno.

La visita de mi hermano pasó con total serenidad. Aporté mi presencia a un par de almuerzos con mi madre y la feliz familia. Jorge, mi sobrino, había crecido bastante desde la última vez que lo vi, así como su energía alborotadora. El culo de Esther parecía seguir estando intacto, al igual que nuestro mutuo afecto. En cuanto a mi hermano, todo en orden, como él mismo suele decir. Le acababan de ascender en la empresa, con la subsiguiente subida de nómina. Historia de la que se jactaba y que mencionó repetidas veces durante el fin de semana. Creo que el hecho de observar y juzgar el comportamiento de mi hermano me impedía hacer lo propio conmigo mismo. Aquella había sido una constante en mi vida, si bien nunca llegué a profundizar en el auténtico motivo. Quizá por miedo a lo que pudiera descubrir.

Con la marcha de la idílica familia pude volver a mis asuntos. Lo tenía todo a punto. Había vuelto a hablar con Ernesto, le

aseguré que estaría allí para la última semana del mes y él me hizo saber cuánto le alegraba mi decisión. Volvió a recordarme aquello del conveniente cambio de aires y todo lo demás. En cuanto a mis pertenencias, estaban debidamente empaquetadas. Aproveché para deshacerme de cosas viejas, carentes de toda utilidad, y el resto lo almacené en el trastero de mi madre. Pasé la última semana de estancia en el apartamento con la ropa que podía contener mi maleta de viaje y el ordenador portátil como únicos enseres.

Llegó el día. Cuando hube devuelto las llaves del apartamento al propietario, que no disfrutó en exceso a la hora de devolverme la fianza, cargué mis avíos en el maletero del sufrido Ibiza y emprendí el camino.

Me despedí de mi madre la noche anterior. Fue la única persona que sabía de mi marcha, pues nunca he sido de esos que anuncian los planes que se dispone a acometer. De todos modos, ni yo mismo conocía demasiado bien cuál era *mi* plan. Tomé la autovía de Cádiz. Se hacen más kilómetros que por la nacional pero te ahorras los camiones y las curvas de la serranía de Ronda. No recordaba la última vez que disfrutaba tanto de la conducción. Siempre presionado por las prisas o por un cometido concreto, aquella vez era distinto. A media mañana, mientras bordeaba Algeciras, decidí desviarme y hacer una parada en Gibraltar. Sólo había estado una vez en mi vida, en una excursión con el instituto. Me alegré al comprobar que a esa hora del día los controles de frontera estaban más relajados y pude acceder a la colonia británica en un tiempo razonable.

Es visita obligada saludar a los macacos que habitan el Peñón. Pude presenciar, en primera fila, como uno de aquellos primates robaba el bocadillo a una chiquilla. El muy bribón apenas se alejó unos pasos para devorarlo a cara de perro. Disfruté del itinerario a pleno sol, acompañado por una suave brisa procedente del Estrecho. La claridad del día permitía distinguir la figura de África. Daba la impresión de que pudieras alcanzarla de un salto. Cuando hube terminado mi paseo por el macizo rocoso decidí picar algo en un *pub* antes de proseguir mi camino.

Tres

—¿Qué tal todo? —me preguntó Ernesto.

Estábamos tomando un café en el local. A esa hora estaba cerrado, pero ya había varios trabajadores preparando el turno de la cena. El *Da Marco* ofrecía todos los ingredientes de una auténtica *trattoria*: decoración rústica, manteles a cuadros y atmósfera acogedora. Estaba ubicado en uno de los principales accesos de la ciudad.

—Tenía ganas de llegar —dije.

—He hablado con mi padre. Dice que le parece bien que empieces a primeros de mes.

—Perfecto.

—Ah sí, otra cosa... —esbozó una tímida sonrisa mientras pronunciaba aquellas palabras—, ¿no te parece mal que te paguemos en «B», verdad?

—No me parece mal —respondí.

Trabajar sin contrato era de esperar en el mundo de la hostelería. Además, lo que menos me preocupaba era precisamente ese tipo de minucias. Sólo quería tener una fuente de ingresos sin importarme el cómo.

Terminamos el café comentando algunas banalidades. Después hicimos un *tour* de reconocimiento. Me presentó a un par de camareros que andaban por allí y a Vito, el jefe de cocina. Vito era natural de Lecce, ciudad del sur de Italia. Más

cerca de los sesenta que de los cincuenta, era un tipo bajito que debía de rondar los ciento veinte kilos de peso. Bueno, ciento quince si eliminamos la densa caspa de su cabeza. Sus movimientos graciosos contrastaban con su tosco carácter. Ernesto me contó que era familia de Marco, el socio de su padre. No hizo falta que me explicara el origen del nombre del negocio.

Salimos y nos montamos en mi coche. Me dijo que podía quedarme unos días en su casa hasta que encontrara un sitio para mí. Vivía con su familia en una urbanización en San Pedro de Alcántara, lugar tranquilo y cerca de todo lo necesario. Me instalé en un dormitorio en desuso con la clara intención de conseguir cuanto antes mi independencia. Aquella misma tarde comencé a buscar apartamentos en varias páginas de Internet.

Ernesto volvió al restaurante para cubrir la cena y yo me quedé solo en aquella casa, sintiéndome extraño. Me di una ducha y bajé a pasear por Puerto Banús. Recorrí el bulevar de la Fama antes de adentrarme en el puerto. La temperatura era suave y el ambiente estaba animado a esa hora. Muchos de los restaurantes con espléndidas vistas del puerto estaban concurridos, principalmente por clientes extranjeros. Me divertía pasear por aquellos lares, observando a mi alrededor. Algunos yates allí amarrados eran majestuosos. Uno de ellos, con bandera de Bermudas y unos cuarenta metros de eslora, iluminaba el fondo marino con potentes focos instalados en el casco. Me uní al grupo de personas que admiraban los peces atraídos por el calor de las intensas luces.

Por curiosidad, me acerqué a una de las suntuosas tiendas del puerto. En su escaparate exhibía una camiseta negra con un grabado de la cara de Al Pacino. Su precio era de doscientos euros. En ese preciso instante abandonaban el local varias mujeres de origen árabe cargadas hasta los topes con lustrosas bolsas. Decidí entrar en un bar y brindar por la paz mundial.

A la mañana siguiente visité un par de pisos. El primero era un auténtico cuchitril, en pleno centro de Marbella, al que no dediqué más de cinco minutos. El otro, en cambio, me gustó mucho. Formaba parte de una urbanización, con jardines y piscina, a las afueras de Nueva Andalucía. El propietario, un inglés con la cara congestionada por el sol y aliento aguardentoso, me comentó que era para compartir. Meses atrás se había instalado el primer inquilino, que ahora se encontraba fuera por razones laborales. Nunca me hizo gracia la idea de compartir vivienda, pero no quería renunciar tan a la ligera a las comodidades que podía cederme aquel piso. Ofrecía intimidad respecto al otro inquilino, ya que contaba con dos amplios dormitorios con baño incluido, y estaba cerca de mi nuevo trabajo y de la playa. También era consciente de que con mi nuevo sueldo no podría pagar un piso como ese para mí solo. Le dije que sí de inmediato y quedamos en que entraría el último día del mes.

Con el asunto de la vivienda ya solucionado, podía dedicarme a explorar mejor la zona. Aún me quedaban tres días para empezar mi nueva aventura como camarero y quería saborear mi tiempo libre. A pesar de que el verano acababa de

irse, el clima seguía siendo radiante. Por las mañanas visitaba algún pueblo de los alrededores y por las tardes me tumbaba al sol en la playa. Durante aquellos días mantuve mi mente limpia de pensamientos y recuerdos, como si me hubieran anestesiado esa parte del cerebro y únicamente tuviera capacidad para la acción, como un autómatas.

Mi última tarde en casa de Ernesto me notaba especialmente ansioso, por lo que decidí salir y dar una vuelta. Me monté en el coche y conduje por la autovía, sin tener demasiado claro el destino. Un cartel anunciaba la salida para un centro comercial y la tomé pensando que me vendría bien hacer algunas compras. Anduve por los pasillos visitando algunas tiendas de ropa, con la distracción como mera finalidad. Entré en la *Fnac* con la intención de comprar alguna novela interesante. De adolescente era un lector insaciable, pero durante la universidad y los años siguientes había ido aparcando tal afición.

Contemplaba la estantería con las últimas novedades de los escritores más vendidos del momento: Katzenbach, Follet, Preston, Grisham, Verdon, Connelly, Läckberg y Constantini entre otros. Como la inmensa mayoría, prestaba más atención al autor que a la obra en sí. No terminaba de decidirme por ninguno cuando sentí la presencia de una fresca fragancia de aroma cítrico cuyo nombre no recuerdo. Entonces me giré y la vi.

Su aspecto informal, *jeans* y camiseta blanca, parecía acentuar aún más su belleza. Su pelo, de tono castaño y degradado hacia las puntas, iba recogido en una cola. Sus

mejillas bronceadas resaltaban el profundo azul de sus ojos. Entre sus manos tenía un ejemplar de *El señor de las moscas*, de Golding. Leía con esmero la contraportada cuando la interrumpí.

—Todo un clásico donde los haya.

—¿La has leído? —preguntó ella clavando sus grandes ojos en mí.

—Sí, hace muchos años. En el instituto.

Entonces se giró hacia mí y pude contemplar su rostro de frente, que era de una belleza inusitada, paralizante.

—Precisamente es para mi hermano. Cumple dieciséis años y quiero regalarle un libro.

Fue al pronunciar aquellas palabras cuando noté un suave acento eslavo.

—Yo lo leí a esa edad, más o menos —dije.

Minutos después estábamos tomando un té en un local del centro comercial. Todo transcurrió con normalidad y sin intención alguna. Se llamaba Nadia y tenía veintiséis años. Era rusa, aunque se trasladó a vivir a la Costa del Sol con su familia cuando era niña. También me comentó que acababa de volver de Moscú, donde había pasado parte del verano. Yo le comenté que me había instalado en la zona para trabajar en la hostelería, sin entrar en demasiados detalles. El resto de la charla transcurrió sobre libros y películas. Al parecer, era muy cinéfila y le encantaban las películas antiguas.

Poco después caminábamos hacia el aparcamiento. El encuentro se daba por concluido y le di mi número de móvil, pues creí que resultaba más cortés que pedirle el suyo y así dejaba la pelota en su tejado. Ella sonrió y agradeció el gesto. Se inclinó hacia mí para la despedida y le di un beso en la

mejilla. Uno solo. Al hacerlo volví a sentir el fresco aroma cítrico que desprendía. Permanecí varios segundos observando cómo se alejaba. Entonces supe que no volvería a verla. No volveríamos a tomar té juntos ni a hablar de películas.

Tampoco volvería a olerla.

